

de anoche, en contestacion á la mia, y en la que me preguntais bajo qué condiciones aceptaria la rendicion del ejército de Virginia. Debo deciros, en primer lugar, que obtener la paz es mi mas vehemente deseo, pero hay una condicion en la que debo insistir principalmente, y esta es, que los oficiales y soldados que se rindan, se obliguen solemnemente á no hacer armas en lo sucesivo contra el Gobierno de la Union. Si os parece, celebraremos una conferencia, ó bien nombraré varios oficiales que se entenderán con los que elijais, en el punto que os convenga, para fijar definitivamente las condiciones bajo las cuales deberá efectuarse la rendicion del ejército de la Virginia del Norte.

»El teniente general,

Ulises Grant.»

El general Sheridan, entre tanto, continuaba la persecucion, seguido de dos divisiones de Merritt, con objeto de alcanzar á Lee antes de que pudiera llegar á Danville, pero habiéndose cometido la imprudencia de dejar al general Crook solo con parte de una division, este jefe, que á duras penas consiguió cruzar el Appomattox por muy cerca de Farmville, fué rechazado luego en dicho punto por algunas fuerzas confederadas, que cogieron prisionero al general Gregg, despues de haber derrotado completamente á sus enemigos. En la mañana del dia 8, no obstante, continuó la persecucion con mas actividad que nunca: dos cuerpos de ejército á las órdenes del general Meade, se dirigieron hácia el Norte del Appomattox, siguiendo de cerca la pista al enemigo; Sheridan marchó con su caballería en direccion á Lynchburg, y los cuerpos de ejército de Ord y de Griffin siguieron á esta última fuerza, aun cuando, como es de suponer, viéronse bien pronto separados de Sheridan por una

inmensa distancia. Cuando este jefe y Crook hubieron vuelto á cruzar el Appomattox, concentraron sus tropas en Prospect Station (Estacion de Prospect), y se dió orden á la division Merritt para que avanzara hácia el camino de Lynchburg, que dista solo cinco millas del rio, pues acababa de saberse que por allí iban á pasar cuatro trenes cargados de víveres para el hambriento ejército de Lee. Gracias á la actividad de los jefes unionistas y á las acertadas disposiciones del general Custer, se consiguió sorprender dichos trenes, y poco despues la division Devin, seguida de la de Custer, se hallaba á un tiro de fusil de la vanguardia de Lee, con la cual empeñó un terrible combate, al que puso fin la oscuridad de la noche, y en el cual perdieron los separatistas veinticinco cañones y otros muchos efectos de campaña. Sheridan, que entre tanto avanzaba rápidamente con su caballería, la situó en el único camino por donde podia pasar el ejército de Lee, y envió un parte á los generales Griffin, Ord y Grant, anunciándoles que ya era de todo punto inevitable la completa derrota del ejército enemigo. Apenas se recibió este aviso, Griffin y Ord avanzaron con todas sus tropas á marchas forzadas, y en la mañana del domingo 9 de abril, hallábanse ya en la estacion de Appomattox.

Acorralado, por decirlo así, el jefe de las fuerzas confederadas, y creyendo que solo la caballería de Sheridan era la que trataba de cerrarle el paso, resolvió romper la línea del enemigo con su infantería, pero antes redactó la siguiente carta para Grant:

«8 de abril de 1865.

»General: á hora muy avanzada he recibido vuestra carta de hoy en contestacion á la mia de ayer. No era mi objeto proponeros la rendicion del ejército de la Virginia del

Norte, sino preguntaros bajo qué condiciones la aceptarais, pues hablando francamente, *no creo que haya llegado el caso de rendir las armas.* Sin embargo, como la celebracion de la paz es lo que todos deseamos, quisiera yo saber si vuestras proposiciones facilitarían el medio de conseguirla. En su consecuencia, nuestra entrevista no tendria por objeto tratar de la rendicion del ejército de la Virginia del Norte, pero si vuestras proposiciones no se refieren sino á las tropas de los Estados de la Confederacion, que se hallan á mis órdenes, y puede conseguirse con esto la paz tan deseada, tendré el mayor gusto en conferenciar con vos mañana, á las diez, en el antiguo camino de Richmond y entre las líneas de ambos ejércitos.

»*R. Lee.*

»Al teniente general Ulises Grant.»

El jefe unionista se hallaba con la columna del general Meade cuando recibió esta carta, poco despues de las doce de la noche, y á la mañana siguiente, antes de ponerse en marcha para reunirse con Sheridan y Griffin, contestó en estos términos:

«9 de abril de 1865.

»General: recibida vuestra carta de ayer. Como no estoy autorizado para tratar sobre la paz, la entrevista que me proponeis para las diez de la mañana de hoy, no conduciria á nada. Os repetiré, sin embargo, general, que deseo la paz tan sinceramente como vos, y que todo el Norte se halla animado del mismo sentimiento. Fácil es de comprender bajo qué condiciones se conseguiria el objeto apetecido: deponiendo las armas, el Sur pondrá fin á la funesta lucha que deploran todos, evitando que se sacrifiquen inútilmente las vidas de miles de seres humanos, y se

destruyan lastimosamente bienes y propiedades que valen muchos millones. En la esperanza de que podrán arreglarse todas las diferencias sin hacer nuevos sacrificios, tengo el honor de ofrecerme vuestro afectísimo,

»*Ulises Grant.*

»Teniente general de los ejércitos de la Union.»

Sheridan se hallaba con su caballería cerca de Court-House cuando el ejército de Virginia hizo la última tentativa para romper la línea de sus enemigos y abrirse paso. El combate que entonces se trabó fué obstinado y sangriento en un principio, mas rechazados al fin los separatistas, emprendieron la retirada desordenadamente, sufriendo sensibles pérdidas. Aquel fué el último esfuerzo del valeroso ejército de Virginia. En el momento en que los federales iban á lanzarse de nuevo en persecucion del enemigo, enarboló este una bandera blanca, y poco despues llegó un parlamentario para solicitar que se suspendieran las hostilidades, atendido que entre los generales Lee y Grant estaban pendientes las negociaciones para la capitulacion. En efecto, antes de que Grant llegara al cuartel general de Sheridan, habia recibido la siguiente comunicacion:

«9 de abril de 1865.

»General: he recibido vuestra comunicacion de esta mañana en el punto que os indiqué y donde esperaba encontraros para saber cuáles serian vuestras condiciones en el caso de rendirse el ejército. Ahora me tomo la libertad de solicitar una entrevista para tratar sobre este punto en el sentido que me indicabais en la vuestra de ayer.

»*R. Lee.*

»Al teniente general Grant.»

Esta peticion era un paso mas en la via

de las negociaciones, que prometia desde luego una solucion favorable, tanto mas cuanto que el general Grant, acogiendo favorablemente la proposicion de Lee, le contestó en el acto que estaba dispuesto á conferenciar en el punto y hora que señalase. Poco despues, los dos generales se reunieron en la casa de Mr. Mc Lean, cerca de Court-House: aunque desprovista de toda especie de ceremonial, la conferencia no dejó de ser solemne; aquellos dos hombres que habian dirigido tantas batallas sin pestañear, no pudieron reprimir cierta emocion cuando al saludarse se estrecharon la mano segun la costumbre americana. Las condiciones de la capitulacion quedaron convenidas bien pronto, despues de discutidas franca y lealmente, pues no era de esperar que hombres de calidad y mérito, tales como Grant y Lee, tardaran mucho tiempo en entenderse. Las dos cartas siguientes darán á conocer al lector lo que pactaron los dos jefes de los ejércitos beligerantes:

«Appomattox Court-House,
abril 9 de 1865.

»General: conforme al contenido de mi carta de 8 del corriente, me propongo aceptar la capitulacion del ejército de la Virginia del Norte bajo las condiciones que siguen: Se harán listas por duplicado de todos los oficiales é individuos de tropa de que consta vuestro ejército, de las cuales se entregará una á la persona que yo designe, y la otra á la que tengais á bien elegir; hecho esto, los oficiales darán su palabra individual de no hacer armas contra los Estados-Unidos antes de que se verifique el canje. Cada compañía, ó jefe de regimiento, firmará una obligacion comprometiéndose á lo mismo; las armas, la artillería y los objetos pertenecientes al Estado deberán reunirse y entregarse á la co-

mision que yo designare y que se encargará de recibir dichos efectos, entendiéndose que á los oficiales les será permitido conservar sus espadas, sus caballos y sus propios bagajes, despues de lo cual tanto aquellos como los individuos de tropa podrán volver libremente á sus casas, donde no serán inquietados por la autoridad de los Estados-Unidos mientras cumplan fielmente su palabra y respeten las leyes vigentes allí donde residan.

»Aprovecho esta ocasion para ofrecerme vuestro afectísimo y atento servidor,

» *Ulises Grant.*

» Al general R. Lee.»

«Cuartel general del ejército de la Virginia del Norte.

»General: he recibido vuestra carta de hoy, en la que se fijan las condiciones de la capitulacion del ejército de Virginia, que se halla á mis órdenes, y como son esencialmente las mismas que se especificaban en vuestra comunicacion de 8 del corriente, quedan aceptadas desde luego. En este momento voy á nombrar la comision de oficiales para que se cumpla fielmente lo estipulado.

»Soy con el mayor respeto vuestro afectísimo,

» *R. Lee.*»

La despedida de Lee de todas sus tropas dió lugar á una escena triste y dolorosa, pero que sin embargo, no carecia de cierta grandeza: de los brillantes y orgullosos batallones que habian inaugurado la serie de sus victorias en Bull-Run, obligando luego á Mc Clellan á retirarse de Richmond; de aquel valeroso ejército que supo vencer á Burnside en Fredericksburg, que derrotó á Hooker en Chancellorsville, que estuvo á punto de batir á Meade en Gettysburg, que luchó tan heroicamente contra Grant en

Spottsylvania, en Cold Harbor, en Petersburg y en Richmond, solo quedaba ya una ruina, solo quedaban algunos batallones de los intrépidos veteranos del Sur. Parece ser que en la capitulacion de Lee se comprendieron veintisiete mil hombres, pero de estos solo unos diez mil se hallaban en estado de llevar las armas, y no cabe la menor duda que les hubiera sido materialmente imposible seguir oponiendo resistencia contra el número diez veces mayor de sus enemigos. Prescindiendo de esto, los recursos de la Confederacion se habian agotado ya por completo: de los ciento cincuenta mil hombres de que constaba su ejército pocas semanas antes, una tercera parte estaba ya fuera de combate, y no habia dinero para alimentar y vestir á las demás tropas ni mucho menos para pagarlas. Por el contrario, los recursos de los Estados leales eran cada vez mas numerosos; el ejército, perfectamente equipado, iba reforzándose cada vez mas; en el servicio activo contábase con mas de medio millon de hombres, y otros tantos estaban dispuestos á empuñar las armas á la primera señal, de modo que para el Sur era punto menos que imposible sostener la gigantesca lucha que por tanto tiempo habia estado afligiendo al pais.

Cuando el general Lee se presentó por última vez á las tropas para despedirse, todos sus compañeros de armas se agolparon alrededor del jefe, ansiosos de estrechar la mano de aquel intrépido guerrero que tantas veces los habia conducido á la victoria; pocos

hubo que no vertieran una lágrima de sentimiento, y el noble general, al que tambien embargaba la emocion, solo pudo pronunciar estas palabras: «Amigos míos: juntos nos hemos batido en defensa de nuestra causa; hemos compartido los mismos peligros, las mismas fatigas y privaciones, y por mi parte os aseguro que he hecho cuanto podia hacer por vosotros.» Á esta tiernísima escena siguió otra no menos sublime: los federales se apresuraron á dar una parte de sus raciones á los separatistas, que en su mayor parte estaban estenuados de hambre y de cansancio, pues aun no habian llegado los trenes cargados de víveres que se esperaban de un momento á otro, y de este modo, los que antes se consideraban como mortales enemigos, convirtiéronse en amigos afectuosos y se estrecharon la mano, olvidando su antagonismo y resentimientos. Poco despues, la mayor parte del ejército unionista volvió á Burkesville, desde donde tenia que marchar á Petersburg y Richmond, en cuyas ciudades debia cumplirse lo pactado entre los generales Lee y Grant, y algunos dias mas tarde, los separatistas volvieron á sus respectivas casas, muchos de ellos con los recursos facilitados por el mismo Gobierno, contra el cual habian combatido con un valor y arrojo dignos de mejor suerte.

El general Grant, despues de haber pasado revista al ejército confederado, se puso inmediatamente en marcha á fin de reunirse con Sherman para ir al encuentro de Johnston, cuyo ejército no habia capitulado aun.